

Semillas de luz XII

La conversación como gesto humano fundamental

Las personas, las organizaciones, las familias y los países terminan convirtiéndose en aquello que conversan permanentemente

Nuestro diálogo interno influye profundamente en nuestro estado de ánimo. Es causa y consecuencia de nuestra salud mental. La manera en que nos hablamos a nosotros mismos condiciona nuestra capacidad de enfrentar la vida, relacionarnos y proyectarnos hacia el futuro.

En la familia, las conversaciones —en su tono y contenido— no solo transmiten lo que solemos llamar capital cultural; también moldean el mundo emocional de quienes la integran. Las palabras pueden nutrir confianza, pertenencia y seguridad, o bien instalar miedo, distancia y resentimiento.

En una empresa, el clima laboral puede ser tan determinante como la tecnología aplicada a sus procesos internos. Y ese clima depende, en gran medida, del tipo de liderazgo que ejerzan sus directivos. Las organizaciones terminan pareciéndose a las conversaciones que validan cotidianamente. Una empresa no es solamente un organigrama, indicadores o una declaración estratégica cuidadosamente redactada; es, sobre todo, la calidad humana de las conversaciones que ocurren diariamente en sus pasillos, reuniones y espacios informales.

En cualquier institución, junto con orientar los esfuerzos hacia sus propósitos, el tono de la conversación y el ambiente humano que se construya serán decisivos

para estimular la creatividad, la colaboración y el desarrollo armónico de sus integrantes.

Un país que instala como norma la descalificación permanente entre quienes piensan distinto dificulta la construcción de acuerdos básicos y de una carta de navegación compartida. Sin mínimos comunes, cada mayoría circunstancial intenta comenzar desde cero, debilitando la continuidad de los proyectos colectivos.

La conversación pública no es un detalle accesorio de la democracia; es uno de sus pilares fundamentales. Cuando el adversario se transforma en enemigo, cuando la burla reemplaza al argumento y el miedo sustituye a la reflexión, se deteriora la confianza social y se empobrece la capacidad colectiva de imaginar futuro.

Cualquier proyecto nacional con posibilidades reales de éxito en el largo plazo requiere una base creciente de conocimiento científico y humanista que permita responder a los desafíos de cada época. Ninguna sociedad puede sostener su desarrollo únicamente sobre la explotación de recursos naturales o sobre modelos económicos agotados. El verdadero valor agregado del siglo XXI proviene, cada vez más, de la creatividad, la investigación, la educación y la capacidad de innovación de las personas.

Nuestra crisis de crecimiento tiene mucho que ver con el agotamiento de una matriz productiva incapaz, hasta ahora, de incorporar suficiente valor agregado basado en conocimiento, innovación y



desarrollo tecnológico.

Así como hace un siglo el analfabetismo era uno de los grandes lastres para el desarrollo de las sociedades, hoy lo son las nuevas formas de manipulación tecnológica que deterioran la lectura profunda, reducen la comprensión crítica y amplifican discursos basados en el odio, el miedo y la polarización.

Vivimos tiempos en que incluso el conocimiento científico y humanista puede ser caricaturizado como “un hermoso libro empastado que nadie lee”, olvidando que detrás de esos libros, investigaciones y años de estudio se encuentran muchas de las herramientas que han permitido mejorar la calidad de vida, expandir derechos y enfrentar los grandes desafíos de la humanidad.

De este modo, se crean brechas artificiales entre los seres humanos. No solo comenzamos a temer y rechazar al diferente; también ridiculizamos y maltratamos aquello que constituye uno de los mayores logros de nuestra especie:

la ciencia, el pensamiento crítico y la razón.

Sin embargo, la historia demuestra que las sociedades que progresan no son necesariamente las que gritan más fuerte, sino aquellas que logran construir conversaciones capaces de generar confianza, cooperación y sentido compartido. El desarrollo sostenible no depende únicamente de variables económicas; depende también de la calidad emocional, ética y cultural de los vínculos que somos capaces de construir.

Tal vez uno de los mayores desafíos de nuestro tiempo sea recuperar el valor del diálogo, del buen trato y de la conversación como herramienta de construcción humana. Volver a comprender que conversar no es solamente intercambiar palabras, sino también construir realidad.

Porque las sociedades, al igual que las organizaciones y las familias, terminan convirtiéndose en aquello que conversan de manera permanente.

Luis Alberto Vásquez M
Gesto Humano